



Citation: Manzoni, C. (2024) La cultura italiana en Buenos Aires en 1928. Un debate. *Quaderni Culturali IILA* 6: 77-84. doi: 10.36253/qciila-3262

Received: June 15, 2024

Accepted: October 10, 2024

Published: December 27, 2024

© 2024 Author(s). This is an open access, peer-reviewed article published by Firenze University Press (<https://www.fupress.com>) and distributed, except where otherwise noted, under the terms of the CC BY 4.0 License for content and CC0 1.0 Universal for metadata.

Data Availability Statement: All relevant data are within the paper and its Supporting Information files.

Competing Interests: The Author(s) declare(s) no conflict of interest.

Disclaimer: The views and opinions expressed in this article are those of the author(s) and do not necessarily reflect the views or positions of the editors.

ORCID:
CM: 0000-0003-0982-4121

La cultura italiana en Buenos Aires en 1928. Un debate

Italian culture in Buenos Aires in 1928. A debate

CELINA MANZONI

Instituto de Literatura Hispanoamericana, Universidad de Buenos Aires, Argentina
celina.manzoni@gmail.com

Abstract. The article analyzes what could be considered a drift from the debate on the Intellectual Meridian that traversed American culture in 1927, starting with a proposal from *La Gaceta Literaria* of Madrid that promoted that city as the Intellectual Meridian of Hispano-America. Just when the debate seemed to be over, the Buenos Aires magazine *Nosotros* launched a survey about Italian influence on Argentine culture. The numerous responses unfolded between February and July of 1928 across three successive issues, each with slight variations in title: «Sobre la influencia italiana en nuestra cultura», «Encuesta sobre la influencia italiana en nuestra cultura», and finally, «La influencia italiana sobre la cultura argentina», which concludes the inquiry with the opinion of Roberto F. Giusti, the magazine's director.

Keywords: Intellectual meridian, Influence, Italian culture, Argentinian culture.

Resumen. El artículo analiza lo que podría considerarse como una deriva del debate del Meridiano Intelectual que atravesó la cultura americana en 1927 a partir de una propuesta de *La Gaceta Literaria* de Madrid que propiciaba a esa ciudad como Meridiano intelectual de Hispanoamérica. Cuando la contienda parecía terminada, la revista *Nosotros* de Buenos Aires promueve una encuesta acerca de la influencia italiana en la cultura argentina. Las numerosas respuestas se despliegan entre febrero y julio de 1928 en tres números sucesivos cada uno con ligeras variantes de titulación: «Sobre la influencia italiana en nuestra cultura», «Encuesta sobre la influencia italiana en nuestra cultura» y, por último, «La influencia italiana sobre la cultura argentina» que cierra la indagación con la opinión de Roberto F. Giusti, director de la revista.

Palabras clave: meridiano intelectual, influencia, cultura italiana, cultura argentina.

De no conocer los antecedentes, podría parecer extemporáneo que la dirección de la ponderada revista *Nosotros* de Buenos Aires propusiera en 1928 una encuesta con la pretensión de indagar los alcances de la relación entre la cultura italiana y la argentina: *Sobre la influencia italiana en nuestra cultura*. La inquietud, incluso desde su misma formulación, parece medio a contrapelo de los gestos autonomistas, del rechazo de la autoridad de la cul-

tura europea, principalmente española, que se habían venido sucediendo a lo largo del año anterior, en numerosas publicaciones que constituyeron una de las redes más complejas y profusas de la cultura latinoamericana a raíz de la famosa polémica del Meridiano Intelectual de Hispanoamérica cuyo vocero, casi excluyente en Buenos Aires, había sido la revista *Martín Fierro* (1924-1927).¹

Si bien he analizado en detalle el origen y desarrollo de ese cruce no siempre armonioso entre españoles y americanos (Manzoni, 2014), en esta oportunidad quiero destacar que uno de los méritos de la polémica fue haber desatado, en las distintas áreas involucradas, una serie de reflexiones sobre las características de las propias culturas nacionales. En el Río de la Plata las coincidencias en la universalidad, la modernidad y la diferencia, la firmeza en la asunción de una otredad respecto de España y de Europa y el convencimiento en el futuro de una cultura joven que se percibe a sí misma como vigorosa y como central, parecen definitorios hasta en la burla de un inventado Ortelli y Gasset: «Se tenemo efe [...] Se tenemo una efe bárbara» (1927, p. 357). La figura del meridiano es adoptada y explotada al máximo de sus posibilidades; las variantes van desde lo cósmico hasta la esquina de Esmeralda y Corrientes en la moderna capital argentina. Atravesadas todas las reacciones contrarias a la propuesta por una reflexión y en ocasiones acalorada defensa de la lengua nacional (siempre centrada en la urbe porteña), sus efectos se prolongarán por lo menos hasta 1930 con textos tan originales como *El idioma de los argentinos*, conferencia que Borges dio en 1927 (publicada un año después), y con el aguafuerte de Roberto Arlt del mismo título en 1930 que deberían leerse en red con, entre otros, *Indagación del choteo* de Jorge Mañach publicado en La Habana en 1928.

Cuando la revista *Nosotros* (en lo que podría parecer una deriva más o menos inesperada) propone una encuesta que vuelve lateralmente sobre la cuestión del Meridiano e instala entre febrero y julio de 1928, a lo largo de tres números, un debate en el que intervienen diecinueve escritores, poetas y profesores que, en general, ocupaban lugares destacados en el campo intelectual, se abre una nueva perspectiva sobre la que presento aquí una aproximación. Por lo demás, el gesto viene sostenido por una publicación que, como *Nosotros*, «[d]urante veintisiete años había constituido la columna vertebral del movimiento intelectual argentino» (Lafleur, Proven-

zano y Alonso, 1968, p. 151). Pienso que quizá sea injusto considerarla apenas una prolongación del chisporroteo martinfierrista porque en las casi cincuenta páginas de *Nosotros* decididas a analizar la incidencia de la cultura italiana se traslucen, como no podía ser de otra manera, criterios que dicen mucho acerca de las tensiones constitutivas del campo así como de sus proyecciones, cuestiones que no han merecido todavía la suficiente atención.

Un antecedente del interés acerca de la cuestión del Meridiano en *Nosotros* es evidente en un artículo publicado a fines de 1927; su autor, Luis Pascarella, adopta un tono condescendiente hacia «la muchachada literaria» de *Martín Fierro*, un gesto casi tópico de los que participan en *Nosotros*, quienes, curiosamente, salvo excepciones, tienen más o menos la misma edad que los martinfierristas, aunque discrepen en tono y espíritu y, todo hay que decirlo, en el nivel reflexivo. Sin embargo, de alguna manera ese artículo podría ser una precuela de la encuesta que convoca *Nosotros* en los tres números que se suceden entre febrero y julio de 1928. En esa amplia convocatoria participará también alguna gente de *Martín Fierro*: su director Evar Méndez quien había establecido posición sobre el tema del meridiano en *Asunto fundamental* (1927, p. 375), y entre otros, también Carlos Mastronardi quien, aunque no niegue posibles zonas de amistad con Madrid y con Roma, reiterará con serena firmeza el rechazo de la pretensión tanto de *La Gaceta Literaria* como, posteriormente, de la que recogió *Nosotros*: «Nuestra mayor esperanza consiste en aprovechar todos los aportes, todas las humanas contribuciones» (1928, pp. 67-68).

Aun con diferencias, también es muy firme la crítica de Pascarella a *La Gaceta Literaria* de Madrid tanto por sus errores como por el desconocimiento de lo que denomina el «espíritu argentino». Cito:

Madrid, en el momento actual, no constituye un punto de referencia intelectual; es uno de los tantos “meridianos” geográficos cuyo conocimiento puede ser útil; pero en manera alguna es el “meridiano” económico-político, científico y artístico que las repúblicas hispanoparlantes, tienen en su cartografía espiritual como punto de referencia (1927, p. 219).

EL TRANCE NO ES DE ZALAMERÍAS

«[E]l trance no es de zalamerías, es de verdades». Son las palabras del joven Borges en *Sobre el Meridiano de una Gaceta*, en realidad la posdata de una intervención en la que convoca

a enfrentar los hechos. Ni en Montevideo ni en Buenos Aires –que yo sepa– hay simpatía hispánica. La hay, en

¹ Fuentes citadas:

Martín Fierro (Segunda Época). Periódico Quincenal de Artes y Crítica Libre, Buenos Aires. 1924-1927. Edición facsimilar. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, 1995. Estudio preliminar Horacio Salas. *Nosotros*. Revista Mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales. Buenos Aires. Primera época 1907-1934. No existe reproducción facsimilar. Se cita por material consultado en bibliotecas.

cambio, italianizante: no hay banquetón sin una fuentada itala de ravioles; no hay compadrito, por más López que sea, que no italianice más que Boscán (1927, p. 357).

Sin llegar al extremo de otros desprejuiciados colaboradores de *Martín Fierro*, aquí Borges realiza un desplazamiento a la zona de lo irrisorio y se instala en el orden de la agudeza, un tono que luego será característico de muchas de sus intervenciones. Sea esto dicho sin olvidar que el origen italiano de los polemistas de *Martín Fierro* había despertado expresiones agraviantes en España, por ejemplo en Antonio Espina: «Es posible que llegue un día [...] en que todos estos scalabrinis y ganduglias, alcancen la mentalidad normal del hombre» (Alemany, p. 88). Con más humor, pero no menor recelo xenófobo, esa presencia migratoria desató la lengua de un colaborador del *Diario de la Marina* de La Habana que, gracias a ello, mereció ser incluido en la sección titulada *Index Barbarorum* de la revista de avance:

A mi humilde modo de ver, la trapatiesta que han armado los *bambinos* del *Martín Fierro* no obedece a motivos literarios, ni Cristo que lo fundó [...]. Muchos años ha, desde que los italianos han invadido la Argentina en gran número, han estado revelando más o menos disimuladamente esas tendencias. Ahora ya el “elemento” italiano de dicha República se siente bastante fuerte para no andar con disimulos. De ahí su mirar con desdén todo lo español, y de ahí el escupir por el colmillo del *Martín Fierro* (1927, p. 13).

Es posible que la ironía de Borges, y mucho más lo que tenía de chistoso o de *boutade*, no haya sido reconocida como tal ya que, pocos meses después, un artículo del escritor italiano Ferrarin «distinguido hispanista», según *Nosotros*, retomará el asunto del meridiano. En la presentación de la encuesta firmada por La Dirección de *Nosotros* (1928, pp. 189-190), se señala una doble motivación:

la ha motivado, indirectamente, la tan traída y llevada cuestión del meridiano, suscitada por *La Gaceta Literaria* de Madrid, y directamente, un artículo del escritor Ferrarin en *La Fiera Letteraria* de Milán, al terciar éste en la polémica suscitada alrededor de dicha cuestión (1928, p. 189).

Nosotros se distancia de Ferrarin, ya que:

pretende sustituir, por lo que toca a la influencia europea en la corriente intelectual argentina, el factor idiomático invocado por *La Gaceta Literaria*, por el factor étnico, que daría a los italianos en la constitución del pueblo argentino, en los últimos cincuenta años, natural preponderancia (1928, p. 189).

Un distanciamiento que no impedirá abrir las páginas de la revista a la consulta después de citar textualmente al periodista milanés:

Buenos Aires –afirma Ferrarin– aspira a una absoluta independencia cultural de Europa, y aunque posiblemente con el tiempo la alcance, mientras *deba seguir* a Europa abrigamos la certidumbre de que tendrá que poner los ojos en Roma antes que en Madrid (1928, p. 189)².

Todo se pondrá en movimiento a partir de Lamberti Sorrentino, redactor de *La Fiera Letteraria* y residente en Buenos Aires, antiguo colaborador de *Martín Fierro* donde publicó, entre otros artículos, uno dedicado a Pirandello (1927, p. 351), firma frecuente en *Nosotros* y en otras publicaciones. Sorrentino se ofrece como intermediario entre los escritores argentinos y los italianos que serían convocados por *La Fiera*, pese a que, según *Nosotros*, él mismo tampoco parecía muy entusiasta ya que «aunque italiano, como conocedor de nuestro ambiente intelectual, *se adelantó a desengañar* a Ferrarin y efectivamente la encuesta ha confirmado su desapasionada observación de los hechos» (1928, pp. 189-190).

SOBRE LA INFLUENCIA ITALIANA EN NUESTRA CULTURA

Las respuestas de los escritores argentinos recibidas por Lamberti Sorrentino que, traducidas al italiano supuestamente se publicarían en *La Fiera Letteraria*, son las que se insertan entre febrero y julio de 1928 en tres números sucesivos de *Nosotros* cada uno con ligeras variantes de titulación que, con otros detalles de edición, espero poder considerar más adelante: *Sobre la influencia italiana en nuestra cultura* (febrero-marzo, número 225-226, pp. 189-216); *Encuesta sobre la influencia italiana en nuestra cultura* (abril, número 227, pp. 59-70) y *La influencia italiana sobre la cultura argentina* (julio, número 230, pp. 81-84) que cierra la indagación con la opinión de Roberto F. Giusti, director de la revista. En nota al pie de la Dirección de *Nosotros* se justifica el tiempo transcurrido entre las dos primeras entregas y esta última por el extravío del original enviado en su momento a *La Fiera Letteraria* y que, ahora devuelto a su autor, se suma a las respuestas ya publicadas. También, un poco como al pasar, se menciona que «el periódico milanés no parece decidido a publicar [esos materiales], como lo prometiera» por lo cual se declara en ese mismo número de *Nosotros* el cierre de la encuesta (1928, p. 81). Posibles especulaciones acerca de un des-

² Énfasis de la autora.

engaño del periódico milanés ante respuestas alejadas de sus iniciales expectativas no eximen, más bien al contrario, comprometen al análisis de los argumentos desplegados por el arco de la influyente *intelligentsia* argentina que no había estado representada en *Martín Fierro*.

ALGUNOS PRIMEROS EFECTOS DE LECTURA

Al frente de los partícipes en la primera consulta *Sobre la influencia italiana en nuestra cultura* se encuentran las poderosas firmas de Leopoldo Lugones y de Ricardo Rojas. Las siguen, junto a algunos nombres más o menos célebres entonces o después, otros de más difícil acceso en las bibliotecas o en los diccionarios y, no sin sorpresa, aun en la red. Y aunque expresen diversos matices de opinión, la gran mayoría coincide, casi diría que irreflexivamente, en deslizarse sobre una naturalización de la noción de autoridad implícita en el concepto de influencia; la influencia será percibida casi siempre como personal pero siempre como unidireccional, una fatalidad más o menos benigna que sin embargo no evita la sospecha sobre lo que algunos consideran malas influencias: no faltará, por ejemplo, quien como Méndez Calzada, repunte como «desastrosas» la influencia de Pirandello y la de Gómez de la Serna (1928, p. 201). La influencia aparecería así, por una parte, como una fuerza compacta que de alguna manera inexplicable, o por lo menos inexplicada, se abate sobre expectantes pero también inermes receptores y por otra, como un peligro respecto de un canon que, como se vuelve evidente en este ejemplo, necesita separarse de estéticas que, como las mencionadas, considera deletéreas.

El peso de una noción de influencia así concebida no parece habilitar intentos de pensar un campo cultural constituido en la heterogeneidad y en la tensión eventualmente entre tradiciones diversas (incluida la nacional) ni tampoco una literatura autónoma o relativamente autónoma respecto de una cultura europea imaginada como una sucesión de nombres célebres diferenciados por el origen nacional y de una literatura italiana también deudora de similares criterios, aunque para unos cuantos, menos admirable que por ejemplo, la francesa. Nada parecido a los interrogantes que había esbozado Pedro Henríquez Ureña en la conferencia de 1926, *El descontento y la promesa*. Nada cercano a la metodología que venía ensayando Mariátegui en los numerosos artículos que por esos mismos años se insertaban en las revistas limeñas *Variedades*, *Mundial* y *Amauta* pronto recogidas en *La escena contemporánea* (1925). En ellos, el juego entre asociativo y fragmentario propio de su profunda apropiación del arte moderno le había posibilita-

do no sólo pensar lo que denominó “campo intelectual” sino tomar conciencia de la complejidad y de la multiplicidad del fenómeno para proponer con audacia que «el mejor método para explicar y traducir nuestro tiempo es, tal vez, un método un poco periodístico y un poco cinematográfico» ([1925]1959, p. 11).

Lejos de la libertad y de la capacidad de establecer relaciones, implícitas en esos ejercicios de criterio, una primera lectura de las intervenciones en la encuesta produce el efecto de una catarata; la sucesión de nombres de escritores, historiadores, pintores, músicos franceses, alemanes, españoles y naturalmente italianos más o menos célebres (objeto privilegiado de la encuesta) no logra discriminar entre los que serían autores populares, como Edmundo D’Amicis, de los que merecerían una admiración propia de los ilustrados participantes: D’Annunzio, Carducci (Premio Nobel 1901), Dante, Petrarca. Habría casi consenso en la idea de que las influencias italianas, siempre en competencia con las provenientes de Francia y eventualmente de España en el contexto de una cultura reconocidamente cosmopolita, serían superficiales. Por momentos da la impresión de que se estuviera rivalizando en una carrera en la que el triunfador sería quien logre sumar más nombres: entre los infaltables estarán Alfieri, Leopardi, Mazzini, Pascoli, Pirandello pero también Lorenzo Stecchetti, Fogazzaro, Verga, Capuana y Benedetto Croce; Marinetti, Papini, Bontempelli, Pittigrilli, Prezzolini, Tilgher. La profusión debilita intentos más serios que se distancian del mero catálogo como cuando Alfonsina Storni percibe en *La urna* de Enrique Banchs «la influencia de los grandes sonetistas italianos» (1928, p. 195), o como cuando Alfredo A. Bianchi intenta relacionar el auge del teatro de Florencio Sánchez con Roberto Bracco y de manera más general con Pirandello y Rosso di San Secondo (1928, pp. 193-194).

Porque todavía no existe consenso, o más bien parecería que existe prejuicio sobre el valor de la traducción como factor constitutivo de una cultura, se explica la opinión más o menos repetida en el sentido de que el influjo italiano es casi nulo por desconocimiento de la lengua, argumento que parecería desmerecer el formidable impulso traductor contemporáneo de Tor y Claridad que tendrá posterior desarrollo en Sur, Emecé y otras editoriales y que se constituirá en una de las tradiciones más firmes de la cultura argentina (sin olvidar la mexicana y el posterior estímulo de los exiliados republicanos). Una discusión que atraviesa la cultura nacional y que Piglia formulará como paradoja muchos años después de esta coyuntura cuando, escribiendo sobre el *Facundo*, atribuya el origen de nuestra literatura a un error de traducción. Habrá alguno sin embargo que le pida a Alfonsina una versión de *I Canti dell’Isola* de Ada

Negri, «de aquella que la llamó “sorella melodiosa” y quien espera que Alfredo Bufano edite sus traducciones de D’Annunzio.

Merecería quizás una mención especial Filippo Tomasso Marinetti cuya visita, en junio de 1926, en el marco de una exitosa gira sudamericana no despojada de connotaciones políticas, tuvo gran resonancia periodística (Saitta, 2014, pp. 215-229). Queda de ese momento el banquete público y el número especial que le dedica *Martín Fierro* que en *Homenaje a Marinetti* manifiesta: «Y acaso no sea innecesario declarar, para evitar alguna molesta suspicacia, que con Marinetti, hombre político, nada tiene que hacer nuestra hoja» (1927, p. 209). Permanece también la toma de distancia de *Nosotros*: «Disipado a tiempo el temor, que parece haberse fundado en un equívoco, de que pudiese visitarnos en calidad de propagandista del fascismo, no teníamos sino motivos de satisfacción al verle entre nosotros» (1926), que en el mismo número publica la versión realizada por Alfredo A. Bianchi de un fragmento de su libro *Le monoplan du Pape*. Exitosas conferencias públicas en Buenos Aires, Rosario, La Plata y Córdoba parecerían completarse con agasajos más personales como la comida íntima (recordada por *Nosotros*), que le ofreciera Julio Noé (su exdirector) y a la que asistieron la esposa de Marinetti, Alfredo A. Bianchi, Roberto F. Giusti y Emilio Pettoruti (no son mencionadas otras damas). Una situación muy diversa de la que provocarán las intervenciones de Marinetti en el XV Congreso del PEN Club realizado en Buenos Aires en 1936 donde, en ocasiones, fue abucheado y donde enfrentó violentamente a Victoria Ocampo (Manzoni, 2009).

Entre los participantes de la encuesta de *Nosotros* serán numerosas las referencias a autores italianos en relación con la actividad teatral, un género muy exitoso entonces que concitará reflexiones del mayor interés cuando, más allá de las generalidades, ancle en el fenómeno del sainete: rechazado por Emilio Ravignani por lo que le parece implementación de «una jerga imposible, que es tema de sainete en nuestros teatros» (1928, p. 199), dispara una amplia consideración en Evar Méndez (1928, pp. 204-212), en la que el antiguo director de *Martín Fierro* lo considera: «una manifestación típica argentina, la más importante y seria, afirmada y desarrollada ya suficientemente [del teatro nacional], que comporta elementos de origen italiano, sin los cuales no podría ser lo que es» (1928: 208). Lo describe, insiste en que

los mejores autores, los mejores intérpretes, el más asiduo público está constituido por descendientes de italianos [mientras que] los personajes más típicos, son el gringo, el cocoliche de la antigua pantomima del circo, fuente de nuestro teatro, creado por los Podestá, italocriollos (1928, p. 209).

Una defensa del género que se extiende a la lengua, «la pintoresca jerga italo-española que luego se generaliza a todo el público», que, como se ha visto, rechaza Ravignani y que Borges denostará en *El idioma de los argentinos*. Si no he leído mal, Evar Méndez es el único que escapa a la noción de influencia tal como se venía sucediendo para relevar, por una parte, que «en ese teatro está contenida la epopeya de la ciudad», y por otra, que «no es una manifestación de cultura italiana, es una manifestación del espíritu italiano, que participa también del espíritu español y del espíritu criollo puro: en total con otras aleaciones además, una síntesis argentina» (1928, p. 209). Su defensa de una literatura humilde, «menospreciada por los intelectuales, es, no obstante, el mejor documento que refleja la formación de ese pueblo en la época actual. A los italianos les debemos una buena mitad» (1928, p. 209). Esta apasionada defensa de una creación vigente desde comienzos de siglo hasta, por lo menos, los años cuarenta, y a la que, después de Fernando Ortiz, podríamos llamar transculturadora, llegará a convertirse en los estudios más recientes, aunque nunca exenta de polémica, «en una de las formulaciones escénicas más exitosas y de más amplia productividad a lo largo de la historia del teatro nacional» como dice Beatriz Trastoy (2009, pp. 203-204) y como analizan entre otros especialistas Susana Cazap y Cristina Mazza (2002, pp. 129-144).

Otra cuestión de interés, más allá de los nombres en los que encarnaría la influencia italiana, consiste en la aplicación con que muchos de los encuestados tratan de diferenciar la cultura, palabra que parece escrita en rutilante mayúscula, de la presencia de lo que Lugones llama el «elemento itálico» (1928, p. 190), es decir los numerosos inmigrantes italianos que poblaron la Argentina. Rojas, por su parte asevera: «No tiene, pues, importancia racial específica, la gran contribución de sangre italiana en el moderno fenómeno inmigratorio de la población argentina, y basta observar cuan argentinos se sienten los hijos de italianos nacidos en nuestro país» (1928, p. 191), percepción en la que la mayoría coincide y cuyo corolario consiste (a mi parecer) en la invisibilización de esa masa y de su importancia cultural y social. Una operación que establece una delimitación entre la masa inmigratoria que no se supone portadora de cultura, que ni siquiera transmite el idioma a sus descendientes en América y la gran tradición de la cultura italiana que se expresa en los nombres que se desgranar: antiguos, modernos y contemporáneos. Una argumentación que se orienta por lo demás en todos los casos y desde perspectivas más o menos diversas, al descrédito de las hipótesis de Ferrarin. Desde el ángulo del nacionalismo, resumirá Ricardo Rojas:

Hoy el sentido de autonomía espiritual, de conciencia americana y de discernimiento crítico es mayor que antes en la Argentina y *rechazamos toda influencia cultural* que se pretenda organizar desde el extranjero, y estamos seguros de realizar en libertad creadora nuestra obra de argentinidad literaria con el concurso de los mismos hijos de padres extranjeros, venidos a fundir su vida con la nuestra, bajo nuevas estrellas... (1928, p. 193).

NUDOS EN LA CULTURA ARGENTINA

La actualización de la lectura de estos debates no solo trasciende, de manera necesaria, el tema que los convoca sino que permite vislumbrar algunos nudos teóricos y críticos de indudable proyección en la cultura argentina, sobre todo porque muchos de sus protagonistas son, o pronto serán, influyentes profesores de literatura en la enseñanza media y en la universidad, autores de manuales, publicistas, periodistas culturales y funcionarios. La consideración acrítica del concepto de influencia, además de gravitar en la teorización del concepto de “asincronía” de las letras argentinas respecto de las europeas, re-visitada con mayor o menor periodicidad quizás desde los años sesenta, justificará, entonces y en años sucesivos, la construcción de las figuras del precursor y la del epígono cuyo peso será casi determinante en la construcción y consolidación de un canon de la literatura argentina siempre en retraso respecto de los modelos. Subrayo el término, porque la cuestión de la “asincronía” de la literatura latinoamericana respecto de otras literaturas es una de las teorías más extendidas y todavía menos discutidas aunque Néstor García Canclini, en su momento, haya planteado el problema en términos de «multitemporalidades asimétricas» (1992, pp. 65-80). Y, como es sabido, pasarán muchos años hasta que Borges los confunda a todos con la ocurrencia desplegada en *Kafka y sus precursores* (1960, pp. 131-136).

Con la respuesta de Roberto F. Giusti, demorada por razones que se explican en nota al pie, como se dijo, se cierra la indagación que promoviera *Nosotros* (1928, pp. 81-84). No sorprende el tono personal con que se dirige al «amigo Sorrentino», que también otros encuestados habían utilizado, ni la soltura con que Giusti se mueve en el uso de la lengua italiana mientras agradece a Ferrarin por haberlo incluido entre quienes, por su origen parecían destinados a intervenir en el debate. Entiende también que su indudable ascendencia italiana: «en línea recta y sin bastardas mezclas hiperbóreas, africanas o judías» (1928, p. 81), sin hacerlo parecer parcial puede ayudar a sacar de su error «a los amigos de *La Fiera* y al prestigioso Ferrarin, quitándoles a tiempo ilusiones peligrosísimas» (1928, p. 81). En coincidencia con Sorrentino

reconocerá también «la limitación de la influencia de la cultura itálica en la cultura argentina» (1928, p. 82) ya que en un recorrido del siglo de vida independiente no puede mencionar ningún pensador, publicista o literato formado por la cultura italiana aunque sí dice percibir algún ligero cambio a fines del siglo XIX, ligero, ya que «ningún escritor nuestro contemporáneo [debe] a Italia la mejor parte de su formación espiritual» (1928, p. 82). Entre las influencias más visibles considera la de la nueva escuela criminológica, uno de cuyos referentes sería Lombroso, sobre Ramos Mejía, Ingenieros y otros científicos; coincide con otros participantes en la influencia de Bracco y los actores italianos sobre Florencio Sánchez; en la de D’Annunzio sobre, lo que denomina la generación simbolista o en la de Pascoli sobre *El libro de los paisajes* de Lugones. El resto podrán ser, como en el caso de Marinetti, «migajas recogidas en París» o casos excepcionales y aislados movidos por gustos personales. Desconfía de la habilidad de los escritores argentinos para la lectura en italiano de novelistas entonces famosos (Giovanni Verga, Antonio Fogazzaro y Matilde Serao), ni de poetas como Carducci y, en cuanto a D’Annunzio, sospecha que fue leído «en las traducciones jenízaras [hoy se diría “piratas”, quizás] de la editorial Maucci» (1928, p. 83).

Excluida la lengua italiana del general conocimiento quedaría como dominante la inmigración, los *gringos* (en cursiva en el original) que «han hecho el país y este hermoso tipo argentino» (1928, p. 83) cuya simpatía por Italia no alcanza a la cultura italiana. Un aporte que quedaría en el orden del paisaje, la gastronomía o lo que fuere y que, siempre según Giusti, «no prueba nada» en el orden de la cultura pese a su peso en la constitución de «la nueva raza, la argentina de mañana, la argentina del futuro». Al margen del uso del concepto de raza que todos adoptan sin cuestionar y que hoy resulta por lo menos inquietante, existe coincidencia en el menosprecio de esas mayorías siempre «extrañas a aquella tradición de cultura» (1928, p. 83). Una situación que considera irreversible a partir de caracterizar a la cultura argentina como tributaria de las culturas hegemónicas (se entiende que europeas), entre las que no se ha contado la italiana. De allí derivará «nuestra sumisión a la cultura francesa» (1928, p. 84) así como el interés por los escritores españoles, una afirmación que hubiera escandalizado a los martinfierristas, y no sólo: «A nuestros intelectuales les interesan mucho, pero mucho más, actualmente, los escritores españoles. Se los comprende, se los siente mejor» (1928, p. 84).

Además de remachar la negativa a las pretensiones de Ferrarin mal aconsejadas «desde su observatorio milanés» (1928, p. 84), Giusti reclama una renovación de la cultura italiana: para que Italia influya «deberá

darse a sí misma una cultura y un arte fuertes, originales, profundos, removedores» (1928, p. 84), cualidades que no percibe tampoco en el exitoso Pirandello: «Y por el momento, nada, absolutamente nada nos ofrece el cuadro de la literatura italiana, con Pirandello o sin él, “montatura” a mi juicio –y lo digo con todo el respeto que me merece su agudísimo ingenio– que no ha de tardar en aplastarse» (1928, p. 84). Digamos que *montatura* se lee como un término fuerte, casi diría airado, en un contexto de cierta bonhomía; relacionado con la idea de montaje, truco, trampa o, por el lado del engaño, con ilusión, con lo efímero e incluso lo deleznable, sorprende. Más allá de su apresurada y errónea predicción sobre el futuro de Pirandello, la supuesta ironía sobre un ingenio agudísimo que finalmente no conduce a ninguna parte no puede dejar de leerse en relación con una poética que, como la de Borges, jugará con ese elemento tan destabilizador para Giusti y tan productivo para él mismo. Es probable que en esa discrepancia se haya asentado, en parte, el enfrentamiento de Giusti y de *Nosotros* con Borges que alcanzará matices casi épicos en ocasión de la exclusión de *El jardín de los senderos que se bifurcan*, libro presentado al Premio Nacional de Literatura de 1942. Ya que con motivo de la exclusión la revista *Sur* organizó un desagravio a Borges, es interesante recordar en este contexto el argumento de la Comisión Asesora del premio en la que participaba Giusti:

Alguna explicación tendrá el hecho de que siendo indudablemente conocida y respetada la personalidad literaria de Borges por los miembros del jurado, su último libro de cuentos, con ser muy *ingenioso* y estar escrito con admirable pericia artística en una prosa de notable precisión y elegancia, no haya obtenido más de un voto, y para el segundo premio, sobre quince que se emitieron. Se nos ocurre que quizás quienes se decidan a leer el libro hallen esa explicación en su carácter de literatura deshumanizada, de alambique; más aún de oscuro y arbitrario juego cerebral, que ni siquiera puede compararse con el juego de ajedrez, porque estas responden a un riguroso encadenamiento y no al capricho que a veces confina con la fumisterie (citado por Podlubne, 2009).

En otra de las vueltas de ese artículo de Giusti en *Nosotros* aparecerá sin embargo un impensado punto de contacto con Borges cuando contraponga la escuálida (en su opinión) estética pirandelliana a la «cocina fuerte, sabrosa, original» impuesta por Italia «para gran satisfacción nuestra» (1928, p. 84). Por lo que sé, una peculiaridad gastronómica que, al revés de lo que hicieron la antropología cubana primero y Alejo Carpentier después, nunca fue considerada entre nosotros con la suficiente seriedad, como parte de los contextos culturales que nos explican.

Por último, aunque Giusti haya desestimado de inicio la cuestión del meridiano por considerarla «una discusión en el aire, entretenida más con ánimo de quien quiere camorra, que no con el de quien busca la verdad» (1928, p. 81), no deja de recordar su origen en el «infeliz planteamiento» de *La Gaceta Literaria* de Madrid. El adjetivo «infeliz» parecería destinado a desmentir a su director, Giménez Caballero quien en el cierre de la polémica (15 de mayo de 1928) se jacta de que la «frase feliz de *La Gaceta Literaria* “Meridiano intelectual de Hispanoamérica” rueda por el mundo, batiendo récord de discusiones apasionadas» (Alemany, p. 167). Giusti cierra su artículo y con él el debate con la contundencia de quien planta una bandera: «conviene que sepan todos cuantos nos proponen “su” meridiano, que la Argentina ya anda con ganas de dar la hora por el de Buenos Aires, y no, como pudo acontecer antaño, de seguir servilmente el de Madrid, de París o de Roma» (1928, p. 84). Aunque parezca más un declaracionismo que roza, aunque sin la misma gracia, la desfachatez de *Martín Fierro*, es parte de un complejo entramado en el que confluyen, todavía sin consolidar, diversas políticas éticas y estéticas que anudan los destinos de muchos de los participantes en los tres centros comprometidos en el debate: Madrid-Buenos Aires-Roma y que inciden fuertemente en una discusión del canon apenas iniciada. El posterior desarrollo de los acontecimientos, que finalmente desembocará en la guerra, tendrá entre otra de sus consecuencias, el desplazamiento o el silenciamiento de algunos de los protagonistas sobre todo en el lado europeo. Leer en la actualidad estos debates, entresacarlos de las páginas de las revistas culturales es parte de la posibilidad de recomponer un tejido quebrado por la guerra de España, el ascenso del fascismo en Italia y el golpe de Estado en Argentina.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alemany Bay, Carmen. 1998. *La polémica del Meridiano Intelectual de Hispanoamérica (1927). Estudio y textos*. Alicante, Universidad de Alicante.
- Arlt, Roberto. [1930]1958. “El lenguaje de los argentinos”. *Aguafuertes porteñas*. Buenos Aires, Losada, pp. 153-156.
- Borges, Jorge Luis. 1927. “Sobre el meridiano de una gaceta”, *Martín Fierro*, vol. 4, n° 42, p. 357.
- _____. 1928. “El idioma de los argentinos”. *El idioma de los argentinos*. Buenos Aires, M.Gleizer, pp. 163-183.
- _____. [1952]1960. “Kafka y sus precursores”. *Otras inquisiciones*, Buenos Aires, Emecé.
- Cazap, Susana y Cristina Mazza. 2002. “Teatro nacional y realidad social”, María Teresa Gramuglio (dir.) *El*

- imperio realista*, vol.6, en Noé Jitrik, dir. *Historia crítica de la literatura argentina*, Buenos Aires, Emecé, pp. 129-144.
- Dirección de *Nosotros*. 1928. "Sobre la influencia italiana en nuestra cultura". *Nosotros*, tomo 59, vol. 22, n° 225-226, pp. 189-190.
- Editorial. [1927]1998. "Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica", *La Gaceta Literaria*, n° 8, abril, pp. 65-67.
- García Canclini, Néstor. 1992. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Giusti, Roberto. 1928. "La influencia italiana sobre la cultura argentina", *Nosotros*, vol. 61, vol. 22, n° 230, pp. 81-84.
- Henríquez Ureña, Pedro. 1928. "El descontento y la promesa". *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Buenos Aires-Madrid, Babel, pp. 11-35.
- Index Barbarorum. 1927. *revista de avance*, vol. 1, n° 2, p. 13.
- Alonso, Fernando, Hector Lafleur y Sergio Provenzano. 1968. *Las revistas literarias argentinas 1893-1967*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Manzoni, Celina. 2009. "Vacilaciones de un rol: los intelectuales en 1936". Celina Manzoni, directora. *Rupturas*, vol. 7, en Noé Jitrik, director. *Historia crítica de la literatura argentina*. Buenos Aires, Emecé, pp. 541-568.
- _____. 2014. "La polémica del Meridiano Intelectual y la internacionalización del debate en la vanguardia latinoamericana". Hanno Ehrlicher, Nanette Risser-Pipka, editores. *Almacenes de un tiempo en fuga. Revistas culturales en la modernidad hispánica*. Aachen, Shaker Verlag, pp. 271-294.
- Mañach, Jorge. [1928]1991. *La crisis de la alta cultura en Cuba. Indagación del choteo*. Miami, Universal.
- Mariátegui, José Carlos. [1925] 1959. *La escena contemporánea, Obras completas I*. Lima-Perú, Amauta.
- Mastronardi, Carlos. 1928. "Encuesta sobre la influencia italiana en nuestra cultura". *Nosotros*, tomo LX, vol. 22, n° 227, pp. 67.
- Méndez, Evar. 1927. "Asunto fundamental". *Martín Fierro*, vol. 4, n° 44, p. 375.
- Méndez, Evar. 1928. "Sobre la influencia italiana en nuestra cultura". *Nosotros*, tomo 59, vol. 22, n° 225-226, pp. 204-212.
- Ortelli y Gasset. 1927. "A un meridiano encontrao en una fiambreira". *Martín Fierro*, vol. 4, n° 42, p. 357.
- Pascarella, Luis. 1927. "Madrid, Meridiano Intelectual de Hispano América". *Nosotros*, tomo 58, vol. 21, n° 222, 223, pp. 209-220.
- Podlubne, Judith. 2009. "Sur 1942: el 'desagravio a Borges' o el doble juego del reconocimiento". *Variaciones Borges*, n° 27, pp. 43-66.
- Rojas, Ricardo. 1928. "Encuesta sobre 'El Meridiano'". *Nosotros*, tomo 59, vol. 22, n° 225-226, pp. 190-193.
- Sáitta, Sylvia. 2014. "Filippo Marinetti en la Argentina". Paula Bruno coord. *Visitas culturales en la Argentina, 1898-1936*. Buenos Aires, Biblos.
- Sorrentino, Lamberti. 1927. "Pirandello". *Martín Fierro*, vol. IV, n° 42, p. 351.
- Trastoy, Beatriz. 2009. "Una revolución fallida: Armandó Discépolo y el grotesco criollo". Celina Manzoni, directora. *Rupturas*, vol. 7, en Noé Jitrik, director. *Historia crítica de la literatura argentina*. Buenos Aires, Emecé, pp. 541-568.